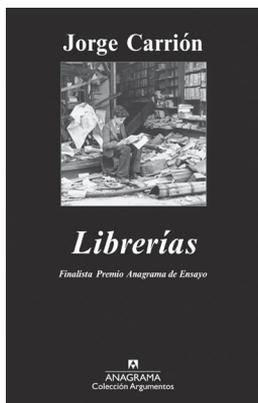


Reseñas



Jorge Carrión, *Librerías*, Barcelona, Anagrama, 2013, 348 pp.

Los adeptos a descubrir nuevos ámbitos geográficos y emocionales generalmente tienen un vínculo indisoluble con las librerías, donde está permitido transitar sin barreras hacia la dirección y el destino que uno determina sin limitación alguna, con excepción del tiempo.

En la actualidad, ante el fácil acceso a las novedades editoriales mediante el Internet, hablar de librerías resulta nostálgico, además de anticuado. Sin embargo, estos sitios han sido referentes obligados tanto para conocer el contexto social y cultural en el que se desarrollaron nuestros antepasados como para identificar los pasos primigenios de autores que ahora son referencias universales.

Por ello, *Librerías*, es un acierto en la pléyade de trabajos publicados recientemente, ya que permite identificar a cabalidad esas catedrales de conocimiento que durante varios siglos han representado, en voz del autor, la condensación del mundo.

El acercamiento del autor es histórico, geográfico y anecdótico, lo cual le da un singular interés a la lectura de esta obra finalista del Premio Anagrama, en la categoría de ensayo, que esa casa editorial organiza en forma anual. Como buen investigador social, Carrión nos explica que su interés por realizar un periplo por las que él considera las librerías más importantes, más significativas, más antiguas, más interesantes o simplemente

más accesibles del mundo, surgió a partir de la sensación que le generaba entrar a estos sitios y sentirse como explorador de senderos inhóspitos que al recorrerlos obtenía un gozo singular.

Para constatar su tránsito por las librerías decidió coleccionar “sellos”: tarjetas, hojas membretadas, postales, apuntes o fotografías, y al final de su recorrido, y de manera previa a la escritura de su obra, tenía un *mapa mundo* de esos lugares. Inició su recorrido en julio de 1998, cuando recogió su primer sello en la ciudad de Guatemala, en la Librería del Pensativo.

Su inquietud por colocar las librerías en un lugar estelar en las referencias del desarrollo de nuestra civilización parte del hecho de reconocer que, a diferencia de las bibliotecas, estas “carecen de continuidad y de apoyo institucional. Son libres gracias a ser las respuestas mediante iniciativas privadas a problemas públicos, pero por la misma razón no son estudiadas, a menudo ni siquiera aparecen en las guías de turismo ni se les dedican tesis doctorales hasta que el tiempo ha acabado con ellas y se han convertido en mitos”.

Al hablar de librerías, Carrión implica la tríada indivisible entre éstas, los editores y las bibliotecas. Por ello, remontarnos al origen de los sitios donde convergen libros y lectores nos lleva a la mítica biblioteca de Alejandría, principal cliente de los comerciantes de libros del Mediterráneo oriental durante el siglo III a.C., no obstante que el comercio de libros ya se había desarrollado varios años atrás, específicamente a partir de que lo escrito ganó fuerza frente a lo oral en la cultura helena.

Para cimentar sus postulados respecto al origen de estos sitios, Carrión cita en varias ocasiones a Alfonso Reyes, quien en su obra *Libros y libreros en la antigüedad* habla del “tratante en libros” para referirse a los primeros editores, distribuidores y libreros, como Ático, amigo de Cicerón, que acaparaba todas las facetas del negocio. Citando al autor mexicano, Carrión nos recuerda que “en Roma las librerías eran conocidas cuando menos por los días de Cicerón y Catulo; fueron, o bien puestos ambulantes, o barracas donde se vendían o alquilaban libros (suerte de bibliotecas ambulantes); se encontraban en lo mejores distritos comerciales y servían de sitio de reunión a los eruditos y bibliófilos”.

El canon que siguieron las librerías después de la caída del Imperio romano es fascinante. Eso resulta de imaginar dónde terminaron los rollos de papiro y pergamino o los códices después de tantas guerras, destrucción y mudanzas de los pueblos que poseían esas memorias escritas. Así, antes de que el papel hiciera su aparición en Europa y Gutenberg se encargara de conformar una nueva galaxia de conocimiento, los monasterios se encargaron de reproducir la cultura escrita mediante los copistas. En la Edad Media un libro podía alcanzar hasta el centenar de copias; sin embargo, podía ser leído por más personas debido a que muchos se integraron, gracias a comerciantes o libreros, a las bibliotecas de las universidades que por entonces comenzaron a surgir: Bolonia, Oxford, Cambridge, por mencionar algunas.

Los referentes de las primeras librerías en la concepción que perdura hasta nuestra época se ubican en la Librería Bertrand, fundada en 1732 en Lisboa, Portugal, que representa la librería en activo más antigua del mundo, a la que fueron asiduos clientes Oliveira Martens, José María Eca de Queirós, Antero de Quintal o José Cardoso Pires.

En orden cronológico, otros sitios que atesoran también antigüedad y joyas bibliográficas en sus anaqueles son Hachares, en Reino Unido, que abrió sus puertas en 1797 y no las ha vuelto a cerrar; la Librería Bozo, fundada en 1810, en Génova, Italia, todavía en activo, y, en latitudes más próximas, la “Librería de Ávila”, de Buenos Aires, Argentina, la más antigua del continente, fundada en 1785. Este sitio es emblemático de la literatura latinoamericana ya que muchos años después (1939) ahí se estableció la editorial Sudamericana.

Además de su valía como centros de alumbramiento intelectual, con el paso del tiempo las librerías fueron sedes de salones, gabinetes de lectura, ateneos o cafés. Todos representaron lo mismo hogares postizos que núcleos de movimientos literarios o políticos, o sitios donde fluía información que no era permitida o estaba restringida en otros ámbitos sociales. En esta tendencia, la denominada Ciudad Luz representa un caso singular en el desarrollo de estos sitios y, concatenado con ello, de escándalos que reflejan con gran nitidez el papel de estos puntos de encuentro en las sociedades que germinaban entonces. A guisa de ejemplo, Carrión nos recuerda dos

de los mayores escándalos literarios del siglo XIX ocurridos en París: los juicios de 1857 por ofensa a la moral y las buenas costumbres contra Charles Baudelaire, por su obra *Les fleurs du mal*, y contra Gustavo Flaubert, por su opera prima *Madame Bovary*.

La importancia de las librerías y su papel encaminado a plantear nuevas propuestas y pautas es manifiesta en el caso de la librería Shakespeare and Company, de Sylvia Beach, fundada en París en el periodo de entreguerras. Al respecto el autor relata que era un sitio de venta de libros, una biblioteca de préstamo. Ahí se ofrecían recitales y conferencias; tenía además habitaciones para escritores invitados; publicaba libros y revistas; contaba con una galería de arte y con un lugar para conciertos. En ese sitio se hizo la primera lectura de *Ulises*, de James Joyce, y Erik Satie presentó sus primeras obras.

Este concepto de librería operando como centro cultural fue retomado por George Chimán, quien arribó a París después de haber participado en la Segunda Guerra Mundial; se vinculó con Sylvia Beach y sus correligionarios, y abrió más tarde su propio negocio Le Mistral. Como su establecimiento fue visitado por varios de los escritores de la llamada *Beat Generación*, Lawrence Ferlinghetti retomó este concepto y lo adaptó a la costa oeste de Estados Unidos, específicamente en San Francisco, donde abrió la mítica City Lights, que además del comercio de libros, se dedicó a editar con ahínco las obras de nuevos literatos y críticos del sistema estadounidense, entre ellos, Noam Chomsky. Esta actitud contestaría llevó a City Lights a enfrentar varios juicios y, en la historia judicial de este país, se convirtió en la primera editorial a la cual las cortes le permitieron seguir con sus ediciones en aras de la libertad de expresión.

El recorrido de Carrión comprende también visitas a librerías que durante el auge del socialismo desempeñaron un papel importante en la historia de los países que se alienaron a esta ideología. Así, nos habla de la Karl Marx Buchandlung, ubicada en la parte oriental de Berlín, que hasta su cierre en 2008 albergó una productora cinematográfica y el famoso *Rose Theater*. También recorrió los puestos de libros ubicados en la avenida Nevski, arteria cultural de San Petersburgo, en cuya Librería Sitin compraba sus libros Lenin. Asimismo, nos señala que antes de su vertiginoso

ascenso político, Mao Tse Tung fue bibliotecario y asistente de Li Dashao, su tutor intelectual; quien posteriormente tuvo una librería y editorial en la ciudad de Changsha, a la cual bautizó como Sociedad Cultural de Libros.

De tierras más remotas conocemos la Librarie des Colonne, localizada en Tánger, Marruecos, que se convirtió en un centro de atracción para intelectuales estadounidenses y europeos a partir de los años cincuenta del siglo pasado, todo ello motivado en buena medida por Paul Bowles y su esposa Jane, quienes eligieron esa ciudad para radicar y se hicieron amigos cercanos de sus fundadoras: Isabelle e Yvonne Gerofi. Buena parte del éxito de este sitio se debe a su amplio acervo de libros en francés, inglés, árabe y castellano. La cercanía geográfica a España explica en buena medida que se haya convertido en una trinchera antifranquista y sitio de residencia de autores como Juan Goytisolo o Ángel Vázquez.

Gotham Book Mart, The Phoenix Bookshop, Strand Bookstore y la Peace Eye Bookstore, en Nueva York; la Seminary Co-op Bookstore, de Chicago; la Prairie Lights, de la Universidad de Iowa, así como Tattered Cover, de Denver; Powell's, en Portland, y Green Apple Books, en San Francisco, son parte de las referencias que Carrión nos comparte en su transitar por las que considera las principales librerías de Estados Unidos. En el mismo andar, refiere como referentes que han lustrado el conocimiento en las principales capitales latinoamericanas: la Livraria Leonardo da Vinci, en Río de Janeiro; La Gran Pulpería del Libro y Alfadil, en Caracas; El Burrito Blanco, en Montevideo; El Virrey de Lima, en Perú, la Librería Norte y la de la Ciudad, en Buenos Aires, Argentina, así como Libros Prólogo y la Librería Universitaria de la Alameda, en Santiago de Chile,

Para el caso de México, específicamente del Distrito Federal, las referencias incluidas son Gandhi y el Fondo de Cultura Económica, ambas con sus diferentes sucursales, aunque destaca la Rosario Castellanos por su reminiscencia con el antiguo cine *Bella Época*, y la Cafetería El Péndulo, también con sus respectivas filiales. A modo compensatorio, cita a Roberto Bolaño, quien por medio de uno de sus personajes de *Los detectives salvajes* recorre varias librerías de la calle de Donceles y del centro de la ciudad. Es de destacar que en la relatoría de Carrión quedó al margen la Librería Madero, sitio emblemático por las rarezas bibliográficas que posee y por

lo que representa para las generaciones que se forjaron cuando el Centro Histórico albergaba la vida académica de esta urbe. Igualmente sin mencionar quedaron El Parnaso y El Juglar, lugares de reunión de intelectuales vinculados con la Ciudad Universitaria.

Para concluir su periplo, Carrión refiere dos tendencias actuales de las librerías. En primer lugar, el predominio de las cadenas (Borders, Barnes and Noble y Chapters, entre las más representativas), cuyo antecedente histórico ubica en la red de librerías que la editorial francesa Hachette instaló en las estaciones de la red ferroviaria y del metro de ese país, perdurando por más de un siglo con gran éxito comercial, y de las cuales critica su oferta tendenciosa de ciertos títulos y la pérdida de la relación del librero con el cliente. En segundo lugar, destaca el auge de las librerías virtuales, las cuales explica a partir de la transición de la lectura tradicional, llamada intensiva, a la lectura moderna, que es calificada como extensiva; según esta dicotomía, socialmente estaríamos dejando atrás al lector que se sumergía en pocos textos, rescatando ciertos aspectos y asumiéndolos como conocimiento que debía ser transmitido de generación en generación para abrir paso al lector que aborda diversos escritos de manera simultánea, aunque lo haga en forma efímera y los consume con rapidez, sin una mirada crítica.

Finalizar la lectura de este interesante recorrido deja como reminiscencia algo fundamental: más allá de toda evolución, las librerías, al igual que la calle, la plaza, el café o el barrio donde se localizan, configuran el entendimiento cabal de nuestro disfrute por los libros. Por ello, no obstante las nuevas tendencias y sus modalidades de acceso, su existencia confirma dos acciones fundamentales que es imposible obviar: la lectura y la conversación.

Guillermo Gutiérrez Nieto